

# Golpe de estado y futuro democrático

**E**scribe Nicolás Lynch

En el Perú la vocación divina se extiende. Muchos son los que creen «interpretar» a las multitudes y peor aún cuando cuentan con el favor de las encuestas y el apoyo de las armas. El último converso que muestra su divinidad se llama Alberto Fujimori. «Yo les pregunto y ellos me responden. Somos yo y ellos. ¿Quién se puede interponer en esta relación? Sólo algún político (pechugón) que cree más en los arreglos y los votos que en los decretos y las encuestas. La política es mala, yo (y las masas) somos los buenos. Terminemos pues con la primera». Este ha sido el guión de las primeras semanas de dictadura.

## • Antecedentes

El golpe de estado reciente no ocurre en un paraíso democrático. La democracia, instaurada en 1980, no ha logrado cubrir la distancia entre Estado y sociedad que constituye la fisura ancestral más importante del país. Con el agravante, que la participación de ciudadanos votantes y opciones políticas es la mayor de nuestra historia. La frustración entonces es inmensa.

Populistas y neo-liberales han fracasado en hacer funcionar la democracia, teniendo unos, un gobierno (Alan García) y los otros gobierno y medio (Belaúnde y Fujimori) para desarrollar sus planteamientos. Frente a ellos las oposiciones izquierdistas han sido incapaces de levantar alternativa propia y pasar de la denuncia a la propuesta. Han fracasado entonces políticos y propuestas. Sin embargo, destaca el neoliberalismo, que es el programa que ha tenido más años, poder y recursos para implementarse. ¿Qué nos garantiza que el neoliberalismo armado de Fujimori puede tener mejor suerte?

La experiencia mundial prueba que la democracia representativa puede subsistir en medio de desigualdades económicas y sociales, precisamente porque se formula como una democracia de ciudadanos, y no, en la versión marxista-leninista, como una democracia de clases. Pero esta misma experiencia señala también que la democracia no puede subsistir en medio de la miseria, y peor aún, sin esperanza inme-

diata de salir de ella. Un dato concluyente al respecto es que en el último año y medio el número de peruanos en extrema pobreza se duplicó de seis a doce millones de personas, casi dos terceras partes de la población.

A la falta de políticas económicas eficaces se une el fracaso de las políticas de pacificación, concebidas por los sucesivos gobiernos democráticos como políticas de corte exclusivamente policial y militar. La constante en este plano ha sido la abdicación de funciones de las autoridades políticas a las militares, donde el gobierno de Fujimori ha alcanzado los mayores extremos. El consenso sobre el punto entre Ejecutivo y Legislativo, al que se llegó en diciembre pasado, que intentaba corregir excesos y devolver la iniciativa a los civiles, parece que no tuvo tiempo ni voluntad política para aplicarse. Hoy, de no volverse a cauces democráticos, la alternativa podría ser un baño de sangre, justamente el «genocidio» que presagia el senderismo para continuar avanzando.

## • La preparación

En la coyuntura anterior al golpe el país observaba un deterioro del programa económico y la imagen presidencial. ¿Qué hizo Fujimori al respecto? Se dedicó calculadamente a desprestigiar a los otros poderes del Estado tocando efectivos problemas de corrupción y falta de eficacia, pero renunciando al método democrático para afrontarlos, es decir a la formación de consensos. Tuvo clientes de todo tipo para hacer mayorías parlamentarias permanentes y eventuales: derechistas, algunos izquierdistas y hasta apristas, pero los rechazó a todos. No le gustaban las leyes, que las da el Congreso, sino la delegación de facultades sin control de nadie, o sea el poder omnímodo de su persona. Quien acude al desprestigio de un poder del Estado sin plantear salidas está fabricando un impasse, lo que se probó, desafortunadamente, el cinco de abril.

## • Su democracia

Hoy, se apoya en las encues-

tas. Olvidándose seguramente de que a él lo eligieron votos, no encuestas, las que más bien le fueron desfavorables, casi hasta el último minuto. El voto es un acto jurídico, supervisado por la autoridad competente, la encuesta es mercancía de una empresa del ramo. Las democracias no funcionan vía encuestas sino vía votos. Las encuestas son un indicador cuya respetabilidad varía de acuerdo a los propósitos de comprador y vendedor.

En este contexto hablar de «democracia real» y «plebiscito» es hablar de dictadura. No se conoce democracia real que no sea representativa. La división del país entre masa y caudillo que la interpreta ha sido el discurso de todos los dictadores. Se necesitan mediaciones, partidos y parlamentos, si no acudimos a una farsa. Los plebiscitos, por ello, tienen que ser convocados por una autoridad democrática, de lo contrario están viciados de origen. Mal puede quien ha roto las reglas de juego tener legiti-

midad para hacer consultas electorales. ¿Con qué garantías?

## • La salida

Una salida democrática a esta situación es urgente. Esta salida debe respetar a los poderes elegidos e incluir una reforma constitucional que tenga como eje multiplicar el control del pueblo sobre sus jueces y representantes, en particular sobre el Presidente de la República y el Poder Ejecutivo que son los que históricamente concentran más poder y corrupción. Contra esta salida conspiran no sólo Fujimori y sus afanes dictatoriales sino también quienes buscan un acuerdo basado en la mantención de la política económica neoliberal y la exclusión de los que se opongan. Este es un camino al abismo. Tenemos que alcanzar un pacto democrático que retome el consenso sobre pacificación e incluya una política económica común, y cuya moral sea el fiel compromiso con reglas de juego escritas y previamente acordadas.